

“DE LA PURA APARIENCIA MORALMENTE PERMITIDA” REFLEXIONES PSICOLÓGICAS SOBRE LA HIPOCRESÍA EN KANT

“ON THE PURE MORALLY PERMISSIBLE APPEARANCE”
PSYCHOLOGICAL REFLECTIONS ON HYPOCRISY IN KANT

Octavio Chon Torres¹
Iván Maurial Chávez²

RESUMEN

Partiendo del análisis de un breve texto de la *Antropología. En sentido práctico* de Immanuel Kant, se realiza un estudio psicológico (enfoque fenomenológico-constructivista) de conductas “hipócritas” que son admitidas para la supervivencia de la vida comunitaria. La filosofía crítica es una herramienta eficaz para abordar la temática sociopsicológica de la conducta interesada en relación a la conducta moral. Cabe señalar que Kant no define actos morales en función de factores empíricos sino por los principios que rigen dichas acciones. Sin embargo la conducta ética (buena voluntad) se realiza en una atmósfera de valores e intereses individuales, conscientes y subconscientes que es necesario identificar a la hora de valorar el acto moral.

Palabras clave

Autocomprensión, conducta manifiesta, hipocresía, moral kantiana, psicología del autoengaño.

ABSTRACT

On the basis of the analysis of a short text of the Anthropology from a Pragmatic Point of View of Immanuel Kant, we make a psychological study (in a phenomenological-constructivist approach) of “hypocritical” behaviors that are accepted for the survival of community life. Critical philosophy is an effective tool to address the socio-psychological theme of the concerned conduct in relation to moral behavior. It should be noted that Kant does not define moral acts on the basis of empirical factors but by the principles governing such actions. However the ethical conduct (good will) is carried out in an atmosphere of conscious and subconscious individual values and interests that need to be identified when evaluating the moral Act.

Keywords

Kant, Anthropology, human behavior, survival, phenomenological-constructivist approach

¹ Es filósofo por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Docente en la misma institución. Doctorando en Filosofía (UNMSM). Magíster en Filosofía con Mención en Epistemología (UNMSM); Titulado en Filosofía (UNMSM). Autor de varias publicaciones y conferencista de temas académicos.

² Licenciado en Psicología. Docente de Estructura y Evaluación de la Personalidad en la Facultad de Psicología de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón. Docente de Ética en la Facultad de Medicina de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

INTRODUCCIÓN

El libro de *Antropología* de Kant es un tratado acerca de temas psicológicos de fuerte repercusión en el estudio de la conducta. El tratamiento del yo en relación a su seguridad existencial en convivencia con los demás es el tema principal. Luego encontramos este gran tema enfocado de modo parcial en cada acápite del libro que también pudo titularse "Psicología". El asunto que abordaremos es la hipocresía en la perspectiva moral kantiana. Es el abordaje filosófico de un evento psicológico central como lo es el sí mismo o "constructo nuclear" (Persona), habitáculo de la voluntad libre y de nuestros pensamientos más profundos. El descubrimiento de la intimidad se convierte en tema fascinante y en una empresa sin término, como ocurre con los temas específicamente humanos. La filosofía crítica plantea una nueva manera de concebir la libertad, la felicidad y la autonomía. En una dimensión mayor, se aleja de las explicaciones metafísicas acerca de la naturaleza de Dios y de la naturaleza humana para replantear los límites de la razón. En su libro *Antropología* Kant observa las implicancias de los alcances prácticos y sus delimitaciones en diferentes fenómenos humanos. La hipocresía y el derecho a la intimidad se cruzan en este pequeño apartado que titula "De la pura apariencia moralmente permitida".

1. Conducta aparente, autocomprensión ontológica y moral kantiana

En este apartado Kant plantea una preocupación también importante en su tiempo: el problema de la apariencia en las conductas sociales. Es una situación que tendría su explicación en la sociedad refinada, civilizada y pendiente de las sutilezas del trato concesivo y diplomático. En otro tipo de sociedades el poco refinamiento en la conducta no reviste mayor problema porque se pone mayor atención a otras preocupaciones antes que poner el acento en el efecto de nuestra conducta sobre los demás. La apariencia es parte de la supervivencia individual que es necesaria para el intercambio comunicativo del grupo. El asunto de la hipocresía está íntimamente ligado a este tópico. Lo que en principio eran normas de conducta para la convivencia, una vez pasado el umbral de necesidades básicas de vivir unos junto

a otros, empezaron a relacionarse otros aspectos de la conducta motivacional o tendencial del yo: estatus social con la apariencia moralmente permitida. La palabra "moralmente permitida" no es gratuita, ya que es permitida la conducta sólo porque cumple con la apariencia moral y ya no necesita de la profundidad del *ethos*. Desde el punto de vista psicológico fenomenológico estamos ante la triada básica de necesidades de autoconservación: egoísmo y deseo de poder que encuentran mayores posibilidades de dialogo en la necesidad de estimación (Lersch, 1974).

La persona no sólo busca ser "moral" en el lenguaje kantiano, sino también "amable" en el lenguaje motivacional del sentido común. Necesita representar un valor lo mejor posible ante los demás. La ejecución del "acto perfecto" (justo con uno mismo y con los demás) necesita sortear los problemas que presentan dos fuerzas, el deber moral y la necesidad. La autopercepción o para usar lenguaje fenomenológico-existencial, la *autocomprensión ontológica prerreflexiva*" (Frankl, 1992 p. 26) no crea distancia notoria entre *respeto a la ley* (moralidad) y *conformidad con la ley* (obtener provecho personal a través de la ley). Dicho desde una perspectiva del desarrollo, en el origen de la conducta buena hay reconocimiento y aplauso de las figuras significativas (padre, madre o sustitutos). No hacemos algo bueno para luego sentirnos mal. El hombre quiere ser sincero pero psicológicamente "camina por debajo" y no acepta algunas cosas que oculta ante los demás y que reprime ante sí mismo. Para el psicoanálisis, por usar un lenguaje de la psicología, represión "...es un mecanismo primario de defensa comparable a una tentativa de fuga y precursor de la futura solución normal por enjuiciamiento y condena del impulso repulsivo" (Freud, 1948 p.931).

Hablamos del sujeto que está observando (vivenciando) lo que denomina "realidad" dentro de las posibilidades de comprensión que le otorga su medio ambiente cultural. De tal forma que el sujeto no puede sustraerse de solo tener una versión aproximada de *sí mismo*. La objetividad como pretensión científica de la psicología es una ilusión. Acerca de la percepción de la realidad Roger Bartra en su

libro *Antropología del cerebro* hace referencia al “exocerebro” (2007) El humano es un ser bio-cultural y, a decir del autor, sin entorno cultural no podríamos percibir el mundo ni relacionarnos como lo hacemos. El símbolo y el lenguaje cumplen un papel crucial ya que no hay representación del mundo sin ambos. El “exocerebro” permite que el propio cerebro desarrolle sus potencialidades. En este sentido el entorno tiene una función determinante en la realización de la conducta.

La salud mental también depende de la relación exocerebral. Aquellos que no pueden comunicarse apropiadamente, que asimilan o interpretan equivocadamente datos tienden a padecer trastornos de conducta. El exocerebro, no puede tocarse ni medirse en laboratorio. Está dentro de las relaciones simbólico-lingüísticas interpersonales. Por ejemplo, si una persona no tuviese la estructura simbólico-lingüística viviría en un “mundo” difícil de imaginar. La siguiente cita de Bartra (2007) acerca del caso de la maestra Ann Sullivan permite aclarar la idea de cómo el lenguaje – dentro de una cultura determinada – permite “construir” el mundo. Percibimos el mundo en tanto es posible por medio de sistemas de referencia simbólicos:

“La propia Keller había escrito que antes de la llegada de Ann Sullivan, la maestra que le enseñó a comunicarse, vivía “en un mundo que era un no-mundo” y que no tiene la esperanza de poder describir adecuadamente “ese tiempo inconsciente, aunque consciente, en la nada”. Parecía que esta brillante mujer tenía casi al alcance de su mano la memoria de su niñez, cuando estaba casi totalmente desprovista de herramientas culturales que pudiesen marcar con huellas artificiales la consciencia en “estado de naturaleza” (...) antes del lenguaje ella era una “no-persona” y se refiere a este ser con el nombre de Fantasma. Sin embargo tiene algunos recuerdos de ese ser fantasmal, e incluso llega a escribir paradójicamente que hay en su memoria imágenes del lugar donde su maestra le comenzó a enseñar signos alfabéticos manuales: “Yo soy consciente de un Fantasma perdido en lo que parecía ser su nuevo entorno”. La pequeña Helen tenía ciertos rasgos autistas que sin duda provenían de la ausencia de los lazos sociales importantes. Su maestra, por

ejemplo, cuenta que “rehusaba ser acariciada y no había forma de lograr su afecto, su simpatía o su pueril aprobación amorosa”. (Bartra, 2007, pp. 125 – 126).

El sujeto no se da cuenta que siempre está respondiendo en función de aprendizajes que en muchos casos desconoce como parte de su saber. Dichos hábitos de respuesta condicionan sus convicciones y preferencias. Lo que el sujeto percibe es contenido cultural procesado desde numerosos *proto-juicios*. Las percepciones significativas de la niñez operan sofisticadas en la percepción y en los intereses del ahora adulto. El autoengaño, por ejemplo en la “apercepción tendenciosa” (Titze, 1983) no sólo es posibilidad sino algo constitutivo de la situación bio-cultural del individuo racional. Aplicado al tema moral es idéntica la estructura del acto. El hombre busca actuar moralmente pero en los vericuetos de su intimidad aspira a “quedar bien” por más clara que le quede la teoría kantiana, desea ser aprobado, sinceramente aprobado, pero no por ello deja su “recorrido por detrás” de la apariencia, su hipocresía fundamental (persona en griego significa “máscara”). No se trata aquí de inmoralidad, egolatría o afán de notoriedad, sino de su necesidad elemental de representar valores ante los demás:

“Pero corresponde al modo de ser del hombre el que su yo individual no sólo viva y actúe, sino que tenga capacidad de mirarse a sí mismo. En esta visión retrospectiva se ve el hombre no sólo como un centro vital biológico-corporal que vive gracias a las tendencias de conservación, seguridad y desarrollo del individuo, sino como portador individual de un valor, merced al cual se halla incluido en un orden jerárquico dentro de la realidad. Su yo individual se refleja en una esfera de valores que sólo por él es conocida. También el animal percibe ciertos valores, pero son exclusivamente biológicos al servicio de la conservación de la propia vida, o sea valores de significado exclusivamente subjetivo. Pero el hombre percibe también valores de significado objetivo, es decir, que valen en sí y por sí mismos y constituyen una esfera independiente del sujeto mismo. En esta esfera suprabiológica de valores es en la que el hombre refleja su yo individual y en la que aspira a figurar como tal” (Lersch, 1974: 135).

2. Conducta aparente como característica de ser persona

La psicología propone tres juanes: lo que realmente uno mismo es, lo que uno mismo cree que es y lo que otros creen que uno es (Allport, 1986 p. 348). El conocimiento de uno mismo necesita el reconocimiento de la percepción de los demás, percepción que de inicio deforma la ya distorsionada autopercepción del sujeto. El problema de la sinceridad en psicología no es la existencia de una conducta interna (pensar y sentir) y externa (decir y hacer) sino en que lo dicho y hecho surge de una interpretación que hago de mí mismo y del sentido de mis actos al pensar y sentir sin saber realmente qué es lo que me mueve a nivel no consciente. A mediados del siglo pasado, luego de la impresionante tesis de Freud y sus revelaciones acerca de la conducta profunda, el presidente de la Sociedad Psiquiátrica Mundial, desde una postura fenomenológica, afirma que “*la sinceridad absoluta es una utopía*” (López Ibor, 1969 p.53).

Desde la perspectiva teleanalítica (fenomenología constructivista) el *sistema primario de referencia* (Hazán y Titze, 2011) presenta una cognición temprana (infantil) que en su posterior desarrollo asociado al *sistema secundario de referencia* contextualiza los actos en dos sentidos: éticamente (personalidad secundaria) y al mismo tiempo concesivamente (personalidad primaria) de tal forma que no solamente actuamos correctamente como lo solicita el aprendizaje ético de nuestro sistema secundario referencial sino que lo hacemos autoafirmándonos desde el aprendizaje de nuestro sistema primario de referencia. Dicho de otro modo no sólo actuamos en función de principios provenientes de la cultura sino que nos identificamos con ellos y nos sentimos bien en tanto nos valoramos como “correctos”, valoración que proviene de una mirada aprobatoria que pertenece al “sentido de nostridad”.

Detrás de nuestro discurso aparentemente “limpio” acerca de la conducta moral encontramos también especie de microorganismos del ego que necesitan autoafirmarse. Se trata de una autoafirmación

necesaria que también tiene su secreto interés de acercarse para persuadir y con el vivo deseo de tener la razón y ocultar algunos miedos. Son formas concesivas de ser que están aplaudidas por la sociedad: la caballerosidad, las buenas maneras, la delicadeza, el buen trato, etc. Mientras más razonable y meditada en función de principios sea la conducta es más auténtica y tiene carácter de “conducta concesiva” o conducta ética. Mientras más meditada es la conducta en función de intereses exclusivamente individuales estamos hablando de “conducta higiénica” y puede adquirir carácter regresivo (pseudológico y psicopatológico). La conducta concesiva (cortés, amable y diplomática) adquiere entonces un carácter positivo cuando va conectada con emociones reales y principios que no siempre nos reclaman ser directos o espontáneos.

3. Conveniencia e inconveniencia de la conducta aparente

La conducta diplomática por excelencia no es mentira ni inmoralidad, es un acto humano de concesión que reclama el derecho a un espacio de libertad interior que hoy denominamos “Derecho a la intimidad”. Es la necesaria hipocresía social, la retención de opiniones (con carga energética diferente a la que se siente al no ser expresadas como son), pero varía esta apreciación de la conducta al evaluar la “conducta convenida” o lo que ahora se denomina aquello que es lo “políticamente correcto”, como si el nombre pudiese solucionar la diferencia. Esta crítica no significa que dejen de existir “apariencias morales” en toda circunstancia. Es cierto que en el trato con personas desconocidas lo más lógico sería comportarse de modo algo enmascarado (concesivos con nosotros mismos), al menos hasta saber con quién uno está tratando y así ir modulando la comunicación en el marco del respeto. Sin embargo, cuando esta apariencia usada en circunstancias adecuadas se extrapola a todas las situaciones en la vida de uno, entonces se tiene un grave problema moral, la vida apariencial termina en realidad inmoral cuando no un problema caracterológico, una vida pseudológica que linda con la patología.

Por lo antedicho es necesario reconocer que en

la conducta manifiesta (lo que digo y hago) hay que diferenciar la intencionalidad de cada acto. Reconocemos dos caminos. Uno auténtico que tiene por objeto el cuidado de una autoestima vulnerada. Necesita ocultar para defender una zona debilitada o posible de ser innecesariamente golpeada. Lo mismo ocurre con la consideración de la vulnerabilidad ajena. No decir para no ofender en varias situaciones es oportuno. No es necesario jugar con la verdad mientras se da al otro a “verdaderos”. La acción hipócrita también admite actos compasivos. Por ejemplo opinar públicamente acerca de la belleza de una mujer en nuestro contexto sólo admite opiniones positivas aunque la percepción de ella sea mayoritariamente desfavorable. Decir una opinión opuesta puede ser considerado hasta de brutalidad. Hay una hipocresía insana, una conducta manifiesta que oculta deseo de manipulación interesada que es necesario denunciar: una conducta higiénica que tiene por objeto únicamente sacar ventaja. Por ejemplo, ser hiperafectivo con una persona a quien no se conoce o no se quiere lo suficiente para lograr beneficio, o ser excesivamente atento con alguien que en verdad no nos interesa para lograr apresuradamente un beneficio individual. Quien actúa así opera como un sujeto que se prostituye como todo aquél que vende su conciencia a cambio de dinero o cualquier otra forma de poder. Hablamos pues de dos niveles de conducta manifiesta: conducta concesiva y conducta higiénica. La primera es inherente al ser humano en tanto sujeto moral. La segunda es la que en este artículo ponemos en cuestión.

4. Lo moralmente permitido en Kant y psicología del autoengaño

De hecho, hay una contradicción al hablar de “moralmente permitido”, ¿Con qué moral se mide lo que es permitido o no? Al menos la moral para Kant es algo que se procura independiente de las circunstancias, gracias a lo cual los derechos humanos pudieron emerger para tratar al ser humano como fin y no como medio. Sin embargo, en lo “moralmente permitido” se usa al propio sujeto para fines determinados. Cuando uno está comportándose de manera aparente, fingiendo ser alguien correcto, en ello mismo no hay moral auténtica, solamente se quiere conseguir

un fin usándose uno mismo como medio para lograr el objetivo. En una cena de negocios, para poder lograr la aceptación del dueño, uno finge ser correcto, pero en esa apariencia uno es objeto como medio para lograr un cometido. La “apariencia moralmente permitida” bien haría en llamarse de otra forma, “hipocresía”.

Esto podría relacionarse con no estar contento con uno mismo, ya que, ¿por qué aparentar cuando se puede ser auténticamente moral? La respuesta estaría en que uno mismo no está satisfecho con su propio modo de ser. Por eso desarrolla otro carácter (personoide que se parece a sí mismo) camuflando su *conducta* (pensar, sentir y actuar) espontánea. En el psicoanálisis se habla incluso de represión, de negación y de formaciones reactivas donde el sujeto llega a ser un real desconocido para sí mismo en tanto se oculta también de sí mismo. La hipocresía pasa a ser como la segunda naturaleza. Por esto, la hipocresía no se limita al uso de la máscara social, de persona ante los demás, sino también que se usa hacia dentro, hacia uno mismo. El surgimiento de la apariencia moral surge en la apariencia personal. Y esto genera repugnancia con uno mismo, uno no desea estar a solas todo el tiempo consigo mismo, se aburre.

El aburrimiento revela los límites del sí mismo en la medida que es ausencia de placer. Para el aburrido lo nuevo es imposible, es el tiempo que ya no ofrece algo placentero. Entonces el sujeto busca entretenimiento, diversidad que lo distraiga de su tiempo vacío, en consonancia con lo que la persona aparenta ser. Es una búsqueda incesante de querer ser, el problema radica en que la búsqueda vivencial se realiza a modo de ilusiones ópticas. Lagunas en el desierto que en realidad no son más que arena. Así, se intenta pasar el tiempo, “matarlo” para que la vida transcurra evitando el contacto consigo mismo, surge entonces la alienación moral.

5. Sociedad tecnológica y desencantada como terreno de la conducta aparente

En sociedades refinadas esto se hace más patente porque la tecnología no permite desarrollar adecuadamente las facultades personales. El movimiento mecánico de la tecnología es tan estereotipado como la

conducta del hombre afectivamente mercurial y cognitivo-conativamente tecnologizado. Es un hombre eficaz que se torna cada vez más eficaz e individualista. El hombre de la sociedad refinada se enfoca más en obtener resultados. Y esto no es extraño, una máquina funciona sobre la base de los resultados que pueda obtener. La lógica mecánica de la moral se impone. Pero el refinamiento excesivo y la moral auténtica no van de la mano, ya que la moral no está sujeta a condicionamientos que esperan resultados. La naturaleza, dice Kant, ha permitido al hombre engañarse a sí mismo, y con gusto.

Es así que en un mundo donde se tiene por moral la mera apariencia tiene auge el entretenimiento de diverso tipo. La persona no buscará sentirse en contacto consigo misma, sino lograr la apariencia mejor acomodada a la sociedad en la que esté. Se gestaría entonces la ciudad mal sana que Platón ya reconoce en su República. Allí la gente se llena de ganancia superficial. La reflexión filosófica se presenta como inconveniente, de modo que incluso está intencionalmente modificada para que no existan dudas de que la apariencia moral es mejor que ser auténtico, ya que esto último trae consigo muchos problemas morales. ¿Para qué querer problemas morales, si se quieren resultados rápidos y prácticos?

Quizá la gente que aparenta tiene algún instinto de adaptación como algunos reptiles, sólo que, a diferencia de estos, los humanos nos adaptamos a pesar de degenerar. Sócrates decía que la degeneración del alma corroía a aquél que era *hipócrita* (aquí hipócrita significa intencionadamente dañino en su pretensión de mentir) aun teniendo buenos resultados sociales. El problema con el mundo moderno es que incluso la creencia del alma o su similar es vista como una adición sin mucha importancia, un adorno conceptual que sirve para el fin de aparentar ser moralmente correctos. La modestia mediana (apariencial) no se salva. La modestia en su verdadero sentido no está en aparentarla, sino en no saber que se tiene. Por el contrario, en la sociedad refinada la modestia es algo que se practica, que se obtiene mediante la perseverancia de la ilusión. Después de todo, ser demasiado apasionado por algo, o demasiado orgulloso, está mal visto. El que una persona se

aprecie demasiado en público es vanidad que incluso es considerada por algunas religiones como pecado.

6. Desventajas de la conducta absolutamente sincera en caso pudiera realizarse

El problema radica en que una vez que alguien acepta la apariencia moral, le sigue otro, y otro, de modo que la relación de todos los que la permiten hace que la misma sociedad se torne aparente. Al fin de al cabo la sociedad la conforman la suma de todos los individuos. No es de extrañar que las colectas nacionales para personas en necesidad solo se realicen en determinadas fechas, esto con el fin de, justamente, aparentar ser buenos, ser corteses, humildes, modestos, etc. Lo peor de todo es que hay una aceptación de esta situación, pocos son quienes se percatan de ello y lo hacen denuncia. Sin embargo, mil ilusiones no hacen una verdad, por más que uno haya asimilado carácter como algo natural. Habría que preguntarse entonces qué pasaría si no existiesen estos acomodados morales aparentes en la sociedad. La respuesta es simple, ya que no todo el mundo es moralmente auténtico por naturaleza, si no existiesen esas “fichas de vellón” simplemente el tablero del juego se patearía sin más.

En efecto, la hipocresía hasta cierto punto es favorable en condiciones donde ni siquiera la moralidad está presente. Es lo que ocurre con los ladrones, ya que si los ladrones se robasen todos entre ellos, no podrían existir como mafia. Surge el caudillo. Ahora, en esta sociedad moderna, los ladrones serían los hipócritas que roban ante los otros la autenticidad de sí mismos. El modo como el sistema existe fomenta la hipocresía ya la eleva a cuasi criterio moral. El que no tiene dos caras perdería tanto como si cambiase su moneda de vellón por una de oro. Aunque la moneda de vellón, dice Kant, no tenga ningún valor, de todos modos sirve para la convivencia entre gente de similares características.

Ocurre, como ya se mencionó, una inversión de los valores, tomando como baremo la autenticidad moral para poder determinar en qué medida la inversión se da o no se da. Ante

esta circunstancia tan desfavorable que se vive en la actualidad la moral kantiana se ve como un ideal, así como la democracia. Para poder cumplir el ideal kantiano en su plenitud habría que tener cierta independencia en recursos, ya que de hacerlo en el medio de la inversión moral que existe supondría la autoexclusión. Pero es necesario hacer el cambio, quizá gradual, de la actitud que se tiene en medio de la sociedad de refinamiento excesivo.

No permite las relaciones humanas saludables, las deteriora y deja un vacío, el hueco que nunca llena la apariencia. Y es que las apariencias son siempre apariencias, a pesar de que uno crea ingenuamente que en realidad ha logrado ser lo que aparentaba, la realidad es que ello no le da sentido de vida individual. Un sentido vaciado de significado no es un sentido en absoluto, es simplemente un "sentido" distorsionado de modo que solo se satisfacen las necesidades ilusorias. Los sentidos cascarón que sólo sirven para remediar las necesidades del momento. La hipocresía en todas sus caras se expresa en un ambiente que la promueve, que la enaltece.

7. Necesidad de autenticidad en la conducta como propuesta kantiana y algo más

Hasta qué punto una persona puede tolerar tanta apariencia moral. Al parecer no hay límite. El costo de ello es que sólo se construyen castillos de arena que en algún momento han de caer. El momento en el que caen es cuando la propia naturaleza del ser humano se hastía de la hipocresía moral que reina en las personas y en uno mismo. Ese hastío, como se vio, puede suplirse con entretenimiento. Sin embargo, hay un tope, si podría llamarse así, en donde ni el entretenimiento, ni matar el tiempo o pasar el rato es suficiente. Allí es cuando la persona degenera en actitudes compulsivas enfermizas que pueden terminar en la muerte y en la muerte de otros.

La importancia de una moral auténtica no es sólo porque "es bueno ser bueno", también

se debe a la salud mental de la persona en su situación existencial. Kant hubiera dicho que ser moral no implica fijarse en esos resultados para poder actuar correctamente, y es cierto, pero también es cierto que existen beneficios inevitables cuando uno es auténticamente moral. Son beneficios que vienen por añadidura, no por búsqueda de ellos mediante la moral. Una persona moralmente correcta en sentido auténtico vive en paz consigo misma, no está en esa frenética búsqueda violenta por ser modesto, por ser correcto, por aparentar. Quizá a esto era lo que Sócrates se refería con el corroer del alma inmoral. Hay cosas que no se obtienen mediante beneficios materiales, sino que implican algo más espiritual que los resultados de las acciones hipócritas puedan generar.

CONCLUSIÓN

La crítica que hace Kant sobre la apariencia moral permitida es una mirada certera acerca de aquello que se percibía en su época. Este pensamiento tiene aun vigencia y habla de modo directo a los hombres de nuestro tiempo, ya que en la actualidad la hipocresía se ha convertido en algo más que moralidad aparentemente aceptada. Hoy ha devenido en la regla de juego para la competencia y la ganancia. Sin embargo, los estragos espirituales de ello repercuten en las personas, vaciándolas de sentido y las introducen en una atmósfera de *valores vocales* cuya mejor careta es el relativismo o la ética del "depende". Se hace necesario replantearse el problema tomando como ejemplo la concepción de moral sin condiciones que plantea Kant, donde no se usa a la persona como medio evitando así la maniobra de utilización mutua. Queda claro que este diálogo va mucho más allá de una filosofía moral kantiana. Hay un sujeto hipócrita, un *homo dúplex* que aspira a ser reconocido y por eso se hace necesario tener claro los límites de una conducta ética con necesidad de máscara y una conducta inconsecuente con careta de bondad.

REFERENCIAS

Allport, Gordon. (1986) *La personalidad. Su configuración y desarrollo*. Barcelona: Editorial Herder.

Bartra, Roger. (2007) *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*. México DF -Valencia: FCE – PRE-TEXTOS

Frankl, Viktor (1992) *Teoría y terapia de las neurosis. Iniciación a la logoterapia y al análisis existencial*. Barcelona: Editorial Herder.

Freud, Sigmund. (1948) *Obras Completas. Autobiografía*. Tomo 2. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

Hazán, Yahír y Titze, Michael (2011) *Fundamentos de psicología profunda teleológica*. Montevideo: Editorial Psicolibros.

Kant, Immanuel (1991) *Antropología. En sentido pragmático*. Madrid: Alianza Editorial.

Lersch, Philipp. (1974) *La estructura de la Personalidad*. Madrid: Editorial Scientia.

López Ibor, Juan José. (1969) *Rebeldes*. Madrid: Ediciones Rialp.

Titze, Michael (1983) *Fundamentos del Teleoanálisis Adleriano*. Barcelona: Editorial Herder.